

DIARIO DE MURCIA.

SAN BERNARDO, ABAD, DOCTOR Y FUNDADOR.

Este periódico sale todos los días, excepto los lunes.—Se suscribe á él en su Redacción, calle de la Trapería número 70 y en la Librería del Editor cuatro esquinas de San Cristóbal; á 6 rs. al mes y 9 fuera franco de porte, en cuyos puntos se admiten también los anuncios á medio real por línea.

De la muerte.

Ni la mas espantosa miseria, ni el trabajo mas continuo y pesado, ni la proscripción, ni el encarcelamiento, ni ninguna de cuantas desgracias puedan acontecerle; siente tanto el hombre generalmente como la absoluta y permanente cesacion de todas sus funciones vitales; la muerte. Figúrasele cual un ser real sañudo y terrible que con sus hercúleas y horribles formas ha de aparecerselo para descargarle el fiero golpe que le redujera al no ser; y por doquiera, en el teatro, en el paseo, en su mas deleitable goce, allí donde se la nombran ó la recuerda; allí ve el espectro que su fantástica imaginacion creara. ¿Podrá haber desdicha mayor, mas grande desventura? No llegará á ser largo ningún desgraciado que alimente tan quimérica ilusión. Este mismo temor le hará renunciar á la felicidad, y privándose de cuanto pudiera disfrutar porque en todo ve agentes nocivos, vivirá miserable en medio de la abundancia, y un fin prematuro le provará bien á su pesar que lo que mas gasta el principio vital es el temor á la muerte.

¿No fuera mejor que familiarizado con la idea de que inevitablemente habia de tener este término, aprendiera á despreciarlo como no teme el intrépido marino, la borrascosa mar; el bravo soldado, los mil proyectiles que le lanzan otros tantos enemigos, el osado minero, la gran mole que sobre su cabeza amenaza desplomarse? Si, porque tampoco fuera ventajoso buscar la tranquilidad olvidando la catástrofe, pues cien motivos se la harían recordar á

cada paso inutilizando todos sus esfuerzos por conseguirlo; y cada vez que esto sucediera, equivaldría á una muerte verdadera. A mas de que este olvido le privaría de la utilidad mas grande que ofrece la práctica propuesta, cual es hacerle virtuoso y provo. Es imposible que sea malvado el hombre que cuando duda de una accion, para clasificarla de justa ó injusta se supone en su postrera hora; pues entonces, no hay odios; no hay envidia, no hay venganza, no tiene cabida ninguna pasion innoble. ¿Quién no ha visto infinitos casos de hombres que en este instante se arrepintieron y esforzaron en corregir las acciones de que en otra época, tal vez no muy distante, hicieron público alarde? No hay duda que en esta ocasion se miran las cosas por un prisma mucho mas trasparente.

¿Empero es por ventura lo que arredra las convulsiones, los dolores, el estertor y angustias que á compañan la agonía? ¡Ah! Estos accidentes no hacen padecer si no al espectador: el moribundo no los siente ya: el hombre sale del mundo sin tener mas conocimiento de ello que el que tuvo de su entrada; pues en esto como en muchas cosas se tocan los extremos. Hutin dice que lo que primero se apaga es la sensibilidad. Haffeland que morir es perder la fuerza vital único medio con cuyo auxilio el alma conoce al cuerpo, y con ella la facultad de sentir y la conciencia. Y siendo esto así ¿cómo han de aquejar aquellos movimientos espasmódicos al que ya no siente, á quien ya no tiene conocimiento de su existencia? ¿Nos sabe dar razon un epiléctico, cuan-